

Una mirada vagabunda Vigencia de la antropología de Arguedas*

Alejandro Ortiz Rescaniere

“Todas las sangres” ¿Alguna vez nos hemos preguntado por qué nos atrae esa frase que intenta calificarnos? ¿Por qué nos aferramos a ella a pesar de las teorías y de los diagnósticos que afirman lo contrario, que no somos una nación, que no somos un pueblo integrado, es decir, que no somos un pueblo? ¿Qué llevó a Arguedas a la formulación de “todas las sangres”? ¿Fue la intuición o el resultado de una atenta mirada del Perú? Ambas cosas, tal vez. Lo cierto es que llamar a nuestra sociedad, a su historia y a su entramado de culturas la frase “todas las sangres” nos parece que responde a la verdad.

Esa frase, escrita hace cuarenta años, tiene, pues, vigencia. Ella es el fruto de un largo proceso guiado por un espíritu libre. La obra entera de su autor es una búsqueda de la verdad a través del ejercicio y del fortalecimiento del libre albedrío.

A continuación, se expondrán algunas reflexiones sobre el carácter autónomo de la obra antropológica de Arguedas.

* Este texto fue leído y corregido en tres eventos realizados entre el segundo semestre de 2001 y el primero de 2002. En primer lugar, en la mesa sobre Arguedas, organizada por los estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú —a la que también fueron invitados Guillermo Rochabrún y Abelardo Oquendo—; luego, en la presentación del disco “Arguedas canta y habla”, editado por la Escuela Nacional Superior de Folklore José María Arguedas, con la colaboración de Rodrigo Montoya y Nelson Manrique; finalmente, en la conferencia “Mesa redonda *Todas las Sangres*. José María Arguedas: su vida, su obra, su significación” por el homenaje al centenario de la creación de la Universidad Nacional Agraria “La Molina”, de manera conjunta con Carmen María Píñilla y Víctor Vich.

La mesa redonda sobre *Todas las sangres* de 1965, los archivos de etnografía que reunió Arguedas, sus estudios de antropología, las cartas a sus amigos, y los discos con sus canciones y testimonios¹ ilustran una divergencia en la manera de ver y hacer antropología. Esta divergencia aún persiste.

Arguedas propone que la antropología no debe reducirse a las explicaciones subsidiarias de la teoría sobre “los fenómenos culturales y sociales”. Asimismo, no se debe olvidar que el aporte más importante en nuestra ciencia es la etnografía con la buena y simple transcripción de los hechos, que es orientada por la teoría, pero, sobre todo, por la sensibilidad y el buen criterio del observador.

Por otro lado, la etnografía ha de ser orientada por la teoría, asistida por el método, pero no hecha en función de la teoría ni sometida a ella. La etnografía no debe limitarse a los hechos obvios y materiales, sino también debe involucrar aquellas manifestaciones o aspectos de las mismas, que expresan el espíritu de los pueblos, su belleza y oscuridades, y sus motivaciones no explícitas.

Si bien la mesa redonda de 1965 fue convocada para comentar la reciente novela *Todas las sangres*, el debate se dio entre científicos sociales y pensando en estas ciencias más que en la literatura.

Ese debate ilustra una diferencia en la manera de hacer antropología y de escribir literatura en el Perú. Muestra, asimismo, un malentendido: los críticos de Arguedas esperaban que una novela “comprometida” debía reflejar fielmente la “realidad social”. El problema es que esa fidelidad tenía otro tenor. Los críticos veían unas cosas y Arguedas, otras.

La visión de los críticos estaba dictada por alguna de las teorías entonces en boga —la aculturación, la marginalidad y la dependencia, todo con un énfasis particular en el cambio económico y social, y en la solución socialista.

Por otro lado, la visión del escritor y del antropólogo Arguedas no tenía prisma, su mirada era vagabunda y más libre. Por eso, hallaba asuntos más interesantes en esa misma realidad. Él trataba en antropología, pero, sobre todo, en sus narraciones, de aspectos que la teoría desdeñaba o, simplemente, ignoraba. Y eso no le perdonaron: que viese distinto y más que los ilustres científicos sociales comprometidos con la realidad social.

1 En los últimos meses, se han editado dos discos con canciones de Arguedas: el disco de la Escuela Nacional Superior de Folclore y el de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Al mismo tiempo, el Fondo Editorial de la Universidad Católica ha reproducido, en libro y disco, la mesa redonda de 1965 sobre la novela *Todas las sangres* de Arguedas.

Arguedas, en sus clases y en sus investigaciones, dejaba ver siempre una percepción del mundo denso y misterioso; un advertir, en los otros, una vida plena de belleza; un aproximarse, con admiración e interés, a las más humildes personas, a sus hechos y pasiones; y un acercarse al pequeño pero intenso universo de la aldea, de la gente sencilla del campo, de los que medran en el desierto. De este modo, y sin proponérselo, Arguedas descubre en ellos, los rostros olvidados y las almas negadas de nosotros mismos.

Esa mirada cercana no es impuesta por filtros ni anteojeras. No quiere demostrar la bondad de una ideología ni la agudeza de un bisturí. Él no está en el campo para demostrar algo que ha leído en un libro como se lee una novísima Biblia de bolsillo. Está en el campo porque ama y le atrae el drama humano.

Arguedas nos ha enseñado el valor de la valentía. En su época, como en la actual, quien no seguía ciertos conceptos, métodos y perspectivas académico-políticas, era marginado. Entonces, si uno iba a una comarca y no encontraba dependencia, marginalidad, capitalismo emergente que desplazaba formas comunitarias, si no hallaba ciertas formas de dominación social, entonces, era miope y no servía para ser antropólogo.

Con todo respeto por los académicos y sus ideas (que eran expuestas muchas veces con la seguridad que da la ignorancia y la falta de curiosidad), con todo respeto por ese círculo académico de moda y bien remunerado por las universidades norteamericanas, Alianza para el Progreso, con todo respeto por ellos, Arguedas trabajó al margen, lejos de la bulla académica. Lo hizo con la curiosidad y la humildad de los que no recurren a muletas o amuletos y escribió con la llaneza de los que miran las cosas de frente.

Y ese es el trabajo más leído, no el de sus críticos. ¿Quién recuerda o, peor aún, lee las docenas de libros de entonces del tipo *Perú y dominación*, *Los modos de producción andinos* o *Pacaraos, dependencia y poder*? Nadie. Estos solamente son consultados si alguno de ellos es considerado en la bibliografía obligatoria de un curso de antropología. Esos tesoros de la dependencia mental son indigestos. Mencionan el precio de los camotes sin tener en cuenta a las personas, que pueden ser madres, gente que quiere divertirse, que tiene magia y encanto, que actúa, lucha e intercambia esos camotes.

El precio de la papa es importante, pero es un punto del drama de la vida. Es un tópico de ese drama que ninguna teoría o ideología prefabricada puede abarcar.

Arguedas estaba en contra de esa visión sin enigmas, sin misterio ni belleza. No aceptaba que la sociedad fuese auscultada o entendida como si se tratara de un saco de papas que puede ser pesado en cualquier balanza y que

todo se redujese a un patrón de medida. ¿Qué se ganaba “concluyendo” que la sociedad andina era dependiente de la metrópoli, que era precapitalista o que se trataba de una sociedad compuesta ya no por quechuas sino por campesinos marginados del tercer mundo? Poco se conoce del muerto en cuyo epitafio se leía “Esta sociedad fue comunitaria y ahora, capitalista, esta sociedad es precapitalista o, como se dictamina ahora, es racista y machista”. En cambio, sí se conoce algo del sepulturero. Con una receta, tampoco se aprende mucho del paciente: “[Este] necesita una dosis diaria de revolución socialista y unas gotas de modernidad.”

Las conclusiones y las recetas que, entonces, dio tal ciencia fueron ino cuas, en el mejor de los casos. En cambio, Arguedas alienta la curiosidad y nos hace desconfiar de las herramientas más ideológicas que metodológicas y de sus explicaciones prefabricadas.

Por esa razón, su propuesta es actual. Entender la sociedad es un reto formidable, porque la vida social no puede comprenderse con una receta —por muy de moda que esté esta—. Las modas “científicas” siguen encandilando los claustros y con ellas van de manera conjunta la pereza mental, el servilismo intelectual, las anteojeras y el tedio.

La mesa redonda sobre *Todas las sangres* es una lección. Encontramos, en las palabras de los críticos de Arguedas, nuestra propia miopía y espíritu estrecho. La lectura de esa mesa puede despertar en nosotros algo de aquello que se criticó a Arguedas, algo de ese espíritu vagabundo y libre que todos tenemos y escondemos con vergüenza, precisamente, ahí donde debiera brillar: en el aula, en el claustro, en el campo.

* * *

Arguedas conocía los prismas de entonces. La teoría y su explicación prestigiosa le servían de apoyo para su curiosidad intelectual. Los planteamientos antropológicos sobre la aculturación y el cambio están presentes en toda su obra etnográfica y aun literaria. Estos son los casos de las novelas *Yawar fiesta*, *Todas las sangres*, *El zorro de arriba y el zorro de abajo* y del poema “Llamado a los doctores”.

Su trabajo sobre la feria de Huancayo es un testimonio etnográfico ejemplar por la agudeza de sus observaciones, por la riqueza de los datos recogidos y por lo sistemático y la seriedad de la encuesta. Las explicaciones antropológicas sobre el cambio, y las ideas de dependencia y de polos de desarrollo dan orden y solidez científicos a sus libretas de campo y a sus publicaciones.

El estudio comparativo entre las comunidades españolas de Bermillo y Puquio en el Perú se inspira en la etnohistoria; el funcionalismo da claves y sugiere explicaciones al investigador. Pero se debe tener en cuenta que esta obra no se entiende cabalmente si el lector no tiene cierto conocimiento de la etnohistoria y del funcionalismo.

En *Puquio, una cultura en proceso de cambio*, los fenómenos presentados están explicados por las tesis antropológicas sobre la aculturación y el cambio. Sin embargo, esta aculturación, el cambio, el funcionalismo y la etnohistoria no son lo que motiva a Arguedas a ir al campo y describir un hecho. Todos ellos son simplemente instrumentos de la teoría. Es importante subrayar esta idea porque, en nuestra disciplina, entonces como ahora, hay una tendencia o vicio profesional que consiste en ponerse al servicio de la teoría. Se determinan y encuentran hechos para mostrar (y no tanto probar) la bondad de una teoría y la probidad de un método. Entonces, la teoría se impone al hecho. Se producen datos que demuestran lo previamente determinado o dictado. Así, la observación pierde frescura y libertad. Arguedas era consciente de tal peligro y tentación de servidumbre. Recurría a los prismas pero no como amuletos sino como instrumentos, que es lo correcto en la práctica de una ciencia. Los empleaba para orientar la observación y mejorarla con una disciplina.

Esa actitud instrumental de la teoría y del método da a la obra antropológica de Arguedas cierto interés particular actual. Los temas tratados son variados; las descripciones incluyen detalles coloridos y esclarecedores. La práctica de Arguedas es una riqueza que contrasta con las publicaciones de su época, con aquellas que responden a una motivación principalmente metodológica y teórica. Es lícito probar un método y una teoría con un trabajo de campo. Sin embargo, el riesgo es evidente: el desdén por los datos —aquellos que no se ajustan a la teoría— y la sumisión a las corrientes en boga, a lo oficial y bien establecido en el momento. Sin duda alguna, la opción contraria, la mirada vagabunda, sin norte ni procedimiento, también es riesgosa en nuestra ciencia. Pero no es el caso del antropólogo Arguedas. Él cantó y recogió cuentos, describió la feria de Huancayo, los cambios que se gestaban en Puquio. Su mirada vagabunda no lo traicionó. Hoy, después de tantos años, su voz libre es un ejemplo.²

2 Los folcloristas son, tal vez, los que más fielmente han conservado esa antropología de Arguedas, libre y atenta al espíritu de los pueblos.

Y después de tantos años, la idea de *Todas las sangres* de Arguedas se ha hecho nuestra. Expresa nuestra voluntad soberana de estar juntos y de ser cada vez más libres.